

“Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más”*



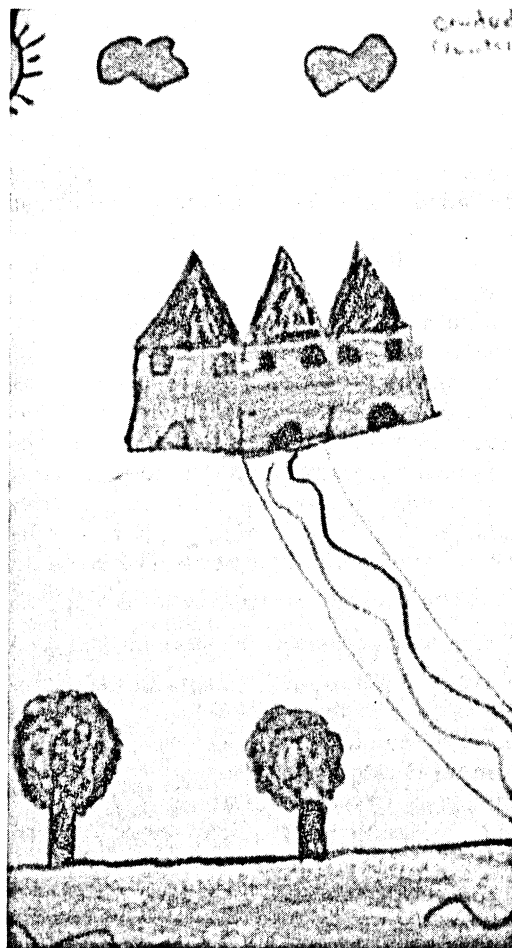
uando veo en los semáforos de Bogotá —o de Medellín, o de Cartagena o de Cali— a una mamá negra con su cola de negritos —unos alzados en sus brazos, otros prendidos de su falda, otros revoloteándole alrededor, alguno chupando de un tetero sin leche una aguapanela rendida con agua— no puedo evitar recordar una tarde que, bajando por el río Atrato hacia Bojayá, en una vuelta nos detuvimos en el pueblito de Beté. El sol estaba cayendo y teñía de tenues lilas y dorados las aguas del río donde pescaban en un silencio largo los hombres del pueblo con sus enormes “copones” hechos de palos flexibles, como para cazar mariposas gigantes o sueños de niño. Los copones caían sin afán al río y volvían a salir, algunos con un bocachico, una dorada, un bagrecito, mientras sus mujeres pilaban el arroz cantándole a San Lorenzo para que el santo dejara pasar el viento y se llevara la cascarilla. Las masas caían también a un ritmo lento, sin aprehensión, mientras los granos blancos parecían comenzar a crecer en el pilón. Los niños jugaban en la playa a elevar flores de ceiba como panderos al viento que el sordo San Lorenzo mandaba de poco en poco. Si alguna vez en mi vida he sentido la sensación de armonía y de paz, fue aquella tarde muelle. Al desembarcar, cuando vieron que éramos afueranos se hizo un silencio espeso y expectante, hasta que algún niño, el más pequeño de todos, rompió con un grito de: el *paísa*, el *paísa*, y todos salieron corriendo a esconderse. Sobraría decir que el *paísa* es para los niños negros del Atrato lo

* Éxodo 1, 12. Biblia del peregrino. Trad. Luis Alonso Schökel, Bilbao: Ediciones Mensajer, 1993.

Texto leído por el autor en el evento *Expedición por el Éxodo* realizado por el PNUD y Colombia en el Planeta, en Bogotá el 6 de septiembre del año 2002 en la Biblioteca Luis A. Arango.

que para los blancos de Villavicencio, Cartagena o Bogotá es el *coco*. Sobraría agregar que al Atrato hemos llegado los blancos —cualquiera sea su tinte— a saquear y a matar. El blanco es sinónimo de violencia. En aquel rincón del río, en aquellos días que parecen ya fantasmas, se peleaba la madera. Los negros no querían dejar que las grandes empresas, camufladas en pequeñas, sacaran la madera porque sabían que con el descumbre de las selvas se acababa el arroz y llegaban las vacas haciendo potreros. La resistencia fue enconada. Las comunidades se organizaron, estrecharon sus vínculos de sangre, de orilla, de río. Reconocieron de golpe y a golpes su pasado cimarrón y enfrentaron la amenaza. Con sus estudios de rentabilidad entre las piernas, los blancos tuvieron que retirarse, pero solo para regresar, no mucho tiempo después, motosierra en mano, a aserrar paños y mochar cabezas. Puedo imaginar el cuadro de los hombres abandonando sus copones al río, a las mujeres corriendo a esconderse detrás de San Lorenzo y a los niños tapándose sus bocas con las flores de ceiba, mientras los blancos hacían lo que venían a hacer para poder llevarle al patrón la madera. El resto es literatura. Literatura barata. Informes de las autoridades que siempre llegan solícitas y babeantes después de lo ocurrido a mirar lo que ya sabían. A levantar censos e instalar timbres que suenen en los batallones para dar “cumplidos de comisión”; crónicas de prensa, girones de vestiduras rasgadas que dan cuenta de los horrores de la guerra, y se alzan de hombros en los editoriales escribiendo: “algo malo habrán hecho”. El crimen se entierra mientras a la gente que queda, empacando en lágrimas sus chiros, la destierran.

El destierro —ustedes lo entenderán— no es el desplazamiento con que nos pintan las autoridades y sus cómplices del antes y del después la tragedia de nuestro pueblo. Desplazarse es cambiar de lugar, casi plácidamente y casi por voluntad propia. Al desplazamiento lo estudia la física o, como última concesión, la demografía. El destierro es otra cosa. Es, como lo sabe y lo grita el que lo vive, un “desentierro”, un brutal corte de la raíz que se hunde en el pasado y que dice quién se es, para dónde se mira y hacia dónde se va. Por eso las mujeres negras siembran el ombligo de sus recién nacidos en la tierra donde parieron. Ese puente que fue de vida, entre vidas enamoradas, es el que tajan a motosierrazo limpio. La gente queda loca, dando bandazos, sin saber dónde queda el antes ni el después, como cuando a un negrito se le rompe el hilo con que, coqueto, mantenía atada a la tierra —sus manos— la flor de ceiba. Sólo sabe huir como la piel del fuego, hacer un movimiento instintivo y brutal, una estampida. La gente no se desplaza, huye. Deja atrás lo que la hizo y lo que le enseñó a mirar el mundo. El arroz sembrado en los caballetes de los ríos, el palo de caimito que cada cosecha bota las pepas que marcan el



tiempo, la vara de cristo con que balizan los linderos del trabajo colectivo, el cementerio de ombligos y las lomas altas donde está enterrada su gente, lejos del agua para que ni siquiera el río se la lleve. Atropellándose, la gente abandona los caminos por donde paseó sus deseos y mató el tigre mariposo que se robaba los niños cuando no encontraba gallinas, la casa de viajeros que recibía al forastero —aun al paisa que venía a calcular— y los atracaderos donde las pangas se posaban jadeantes mientras los pasajeros aplatanados de sol desembarcaban un bulto de panela de Bajirá, una arroba de sal de Quibdó para salar el pescado, un balón para que los muchachos jugaran fútbol a la hora en que los murciélagos reemplazan a las golondrinas. Atrás queda todo y adelante nada. Cada cual corre por su cuenta, salta desde su orilla, se salva en el primer tronco, se esconde en cualquier matorral. Nadie sabe dónde quedó quién. Lo que una hora antes era un nosotros, ahora es un yo solitario que corre hacia ninguna parte, una hora de la que la memoria solo retendrá la conciencia del pulso que se atropelló en las sienas. Todo va quedando tirado por el camino: la cobija de dulce abrigo con que las mamás hacían frente a la madrugada que botaba el río, la muñeca hecha de balsa por el abuelo, y el abuelo mismo. El terror se apodera de todos los músculos y siembra sus huevos de muerte por donde va pasando. El terror es un miedo que paraliza, que corta todo vínculo, que anula toda solidaridad.

Quibdó es la Catedral que se conoce alumbrada para las fiestas de San Pacho. Allí llegan los desterrados a buscar aliento. Como llegan a la Torre del Reloj en Cartagena a preguntar dónde queda el barrio Mandela, o como llegan a dormir bajo los samanes en el parque de Villavicencio. Porque a todas partes llegan los que buscan robarse la madera, matar indios para llevarse el petróleo, expropiar tierras campesinas —la única expropiación permitida en Colombia— o simplemente a robar bestias. Pero además, están llegando desde hace mucho tiempo a hacer lo mismo, unas veces con rulas, otras con máuseres, otras con crucifijos y otras, como ahora, con motosierras. La moda no incomoda y todo se pasa por alto poniéndolo a buena cuenta de la guerra. Los desterrados son hijos de la guerra, nos dicen para velar el robo de tierra, de árboles, de petróleo, de trabajo. La ciudad con su ruido y su movimiento, con su indiferencia y su mezquindad, es un mundo ajeno donde el negro, el colono, el indio no encuentran metedero.

No saben cómo entrarle. Conocen al comerciante que les compra barato y les vende caro, y que es sordo a las súplicas; al cura que les aplicó el bautismo y les recomendó paciencia y abstinencia; quizás al médico que los mira siempre desde un lejos inaccesible. Todo en la ciudad les es hostil y ajeno. No hay una calle donde encuentren una raíz, una cara conocida, una mano abierta. Han quedado al garete como pescados botados en la playa. No sólo a nadie conocen sino que comienza un tenaz desconocimiento de sí mismos. Si se miran las manos, no saben qué hacer con ellas; si se miran los ojos, nada ven ya en ellos; si caminan, a nadie encuentran. El tiempo se les acumula y los doblega. Recuerdan en las madrugadas que ya estará brotando el arroz, que las jaulas ya estarán llenas de pescado, que las terneras que les robaron se estarán mamando la vaca robada. El tiempo es una relación con su pasado, sólo ahí tiene sentido, porque el futuro está cerrado. Cerrado como las puertas donde tocan, como las ventanas de los automóviles que golpean cuando paran —si es que paran— en el semáforo en rojo.

Hablemos con franqueza puesto que estamos entre amigos. El destierro de la gente es un mecanismo viejo. No me referiré a las masacres de los conquistadores que desterraban a los indios para adscribirlos como prolongaciones de

la propiedad sobre la tierra, ni a la guerras civiles que, bien vistas, se reducían a intercambios de mano de obra entre patronos. Toco de lado sólo las formas que hemos tenido que vivir: el destierro y el despoblamiento. El primero está, como hoy, ligado a la guerra, a las armas. El despoblamiento —llamado también descomposición campesina— es civil. Es el resultado de la competencia económica entre economías desiguales. Lanza por un lado campesinos al mercado de trabajo y por otro tierras al mercado de bienes. Los separa, no siempre de manera leal, es decir, por el mero juego de la oferta y la demanda, sino apelando a herramientas políticas respaldadas siempre con las armas. De todas maneras el resultado es el mismo: la concentración de tierras en pocas manos y la concentración de muchas manos en las ciudades. O en otras tierras, en las zonas de colonización. Aquí fundan una trinchera para resistir y sobrevivir; para recuperar lo perdido, lo que les han robado. El colono es un ser libre que busca a toda costa rehacer sus vínculos con

la tierra y fundar nuevos vínculos con otros campesinos, restaurar el nosotros, el intercambio de favores en lugar del intercambio de mercancías del cual fue víctima. Hay en el colono una lucha a brazo partido por las formas colectivas de trabajo: el brazo prestado, la mano vuelta. Sabe que en ese natural intercambio nacen las fuerzas de su resistencia y los valores que la guían y la hacen fuerte. Por eso en las zonas de colonización la resistencia echa raíces, y logra defenderlas. En su memoria está muy presente el inventario de lo que le robaron para hacer la guerra,

para ganar la guerra, están vivas las sementeras que abandonaron en la huida del año 48, o las casas que incendiaron en el año 51, o las mulas que le robaron en el año 55, o las sementeras, las casas, las mulas y las aves de corral que se perdieron en el año 65. También de aquellas huidas muchos llegaron a Ibagué, a Neiva, a Bogotá; otros resistieron en las faldas de las cordilleras o en las selvas haciéndole frente al hambre, al desempleo, a la enfermedad, al miedo. Toda esa brutalidad con que ha sido expropiado y asesinado nuestro pueblo tiene límite. Es el límite del desierto por el que ha vagado más de medio siglo ya.

Es hora ya de enterrar la imagen del desplazado y desenterrar la del huyente que vaga por ciudades y campos para que viva y resista π

